

# Cuchillos en la oscuridad

CLÁSICOS DEL SLASHER - FESTIVAL DE SITGES

El término *slasher* en inglés se relaciona con una acción más o menos violenta realizada con una arma cortante, es decir, acuchillar, cortar de manera violenta y rápida. Y el mismo término ha sido aplicado a un subgénero que dominó el panorama del cine de terror a partir de finales de los años setenta hasta finales de los años ochenta y que, desde la referencia, la repetición o la propia *exploitation*, se ha instalado como una de las formas de interpretar estilemas y narrativas del horror cinematográfico hasta hoy.

Probablemente el *slasher* estuvo siempre con nosotros, agazapado e incluso oculto en los callejones del Grand Guignol y las butacas de los teatros sangrientos de finales del siglo XIX y comienzos del XX, alimentándose del morbo secreto de los espectadores por la representación del sufrimiento físico ajeno, la tortura y el asesinato. El cine incorporó inmediatamente elementos como el asesino imparabile, de identidad oculta y métodos sádicos, reconocido desde el cine mudo en *El legado tenebroso* (Paul Leni, 1927) o en los eternos *whodunit* de misterio, sin olvidar la pesadilla circular de *La escalera de caracol* (Robert Siodmak, 1945). Posiblemente, el gran Jacques Tourneur perfiló el subgénero sin darse cuenta en su olvidada *El hombre leopardo* (1943) antes de que desde una ducha perdida en el motel más remoto de la América profunda, Hitchcock pusiera notas de Herrman para santificar el significado cinematográfico de la puñalada en *Psicosis* (1960). Desde ahí, alimentado por el sórdido subconsciente británico, las imitaciones fueron alcanzando el territorio europeo, encontrando aliados inesperados en Alemania con el *krimi* de Edgar Wallace hasta llegar a los guantes, cuchillos y asesinos de Dario Argento y el influyente *giallo* italiano de títulos de belleza imposible y deslizamientos progresivos en la perversidad.

Tras los horrores del *American Gothic* de principios de la década, en 1978 una película independiente e inesperada como *La noche de Halloween* (John Carpenter) recoge el testigo de todo ello, lo somete a un rejuvenecimiento en el protagonismo de víctimas y audiencia y lo rodea con la mítica y estética del *American Scream*, del paganismo sacrificial del día de los muertos, las brujas y las máscaras para invadir la Norteamérica orgullosa del reaganismo y sembrar el horror inesperado en campamentos de verano y suburbios residenciales. La repetición y la clonación de esquemas crea mitologías en la personalidad del asesino, haciendo de nombres como Michael Myers, Jason Vorhees o Freddy Krueger gritos globales del horror y su celebración. El *slasher* se dota de vida y cuerpos propios, trasgrediendo morales y fechas señaladas, coqueteando con la autoría enciclopédica o el ensayo casi abstracto, resistiéndose a morir, multiplicándose en cinematografías a través del *body count*, el *torture porn*, el *exploit* y renaciendo mediante la referencia postmoderna a través de la cita y la autoconsciencia mitológica. Y hoy, reconocido el mapa de territorios sangrientos, el *slasher* conjuga desde un lugar privilegiado las declinaciones de un género, el de terror, que ha dejado de ser definitivamente menor para fascinar desde la modernidad y la nostalgia a nuevas generaciones y reconquistar a antiguos escépticos hablando a ritmo de *slash* integrado de nuestro mundo global. ●

**Ángel Sala**  
Director del Festival de Sitges